

De las formas posibles del exilio: simpatías y diferencias culturales

Eduardo Ramos-Izquierdo

Sorbonne Université, France

Abstract This essay proposes some general and personal reflections on the subject of 'exile', mainly in the space of the direction from Latin America to Paris. The essay consists in two parts, the first is most theoretical about the different categories of exile. In the second part, partly creative, four authorial texts are exposed, illustrating various forms of cultural exile and its effects on reflection and writing.

Keywords Exile. Latin America. Paris. Interculturality. Culture shock.

Índice A. De categorías. – 1 Érase una vez. – 2 De diferencias y de criterios distintivos. – 3 Las interacciones: vicisitudes de los que se van. – B. Voces textuales.

A la luz de T.L.

En las siguientes líneas, en el ámbito del tema *Del Mediterráneo a América Latina. Arte, lengua y literatura en la emigración*, propondré una lectura subjetiva del término 'exilio', principalmente en el espacio de la dirección de América Latina hacia el Mediterráneo y en particular hacia París.

El artículo consta de dos partes principales. En el esbozo teórico de la sección inicial se señalan tres categorías analíticas: la léxica y sus derivaciones; la de criterios distintivos; y la de interacciones. En la segunda parte se exponen cuatro textos *autoriales* en los que se ilustran diversas formas del exilio cultural y sus efectos en la reflexión y en la escritura.

A. De categorías

1 Érase una vez

1.1 Un campo léxico

En un principio quisiera distinguir el campo léxico de algunas acciones principales: desterrar, confinar, deportar, expulsar, extrañar, echar; o expatriarse, emigrar, marcharse, aislarse, que implican desde luego sus respectivos antónimos: acoger, albergar; o repatriarse, volver, regresar, comunicarse.

De igual manera, añadido sus derivados: destierro, extrañamiento, expatriación, deportación, expulsión, confinamiento, desarraigo; y sus antónimos: repatriación, por ejemplo.

1.2 Una reflexión inicial

Como punto de partida de mi reflexión privilegio el valor significativo y simbólico del término 'exilio' del lat. *exilium*, que de manera amplia implica la «separación de una persona de la tierra en que vive» y conlleva también el sentido de 'expatriación', generalmente por motivos políticos. Su aura semántica también comprende el «efecto de estar exiliada una persona»; del «lugar en que vive el exiliado» y el «conjunto de personas exiliadas».

El verbo 'exiliar', de *exilio*; cf. lat. tardío *exiliāri* «vivir en el destierro», significa «expulsar a alguien de un territorio» y el sentido de «expatriarse, generalmente por motivos políticos».

1.3 Otras derivaciones

Pensemos en otras tres variaciones o concomitancias del término 'exilio'.

- La que implica el 'destierro', de *des-* y *tierra*: extrañamiento, expatriación, deportación, expulsión, confinamiento, desarraigo.
- La de 'expatriar', de *ex-* y *patria*: «Hacer salir de la patria» o «Abandonar la patria».
- La de 'transterrar', de *trans-* y *tierra*: «expulsar a alguien de un territorio, generalmente por motivos políticos». En especial, a este sentido canónico se opone el propuesto por Gaos (León-Portilla 1989).

2 **De diferencias y de criterios distintivos**

Si es claro que a lo largo de la historia, la ideología y la religión aparecen como fuertes formas de diferenciación entre los países, naciones y culturas, privilegiaremos en el espacio de estas líneas otras formas que son evocadas a continuación.

2.1 **La imagen étnica**

La ‘imagen’ que nos permite ver las diferencias de ‘nación’ o de ‘raza’ (término con una tradición negativa en su uso, que resulta conveniente evitar en nuestra época y substituir por el de ‘etnia’). Esto es, lo que implica el ver al otro y el ser visto por el otro; o considerar cómo se puede ser visto.

Efectivamente, se trata de la imagen que distinguimos en el otro al ver las facciones, la estatura, la complexión, el tipo de cabello, pero sobre todo el color de la piel.

Hace algunos años era quizá más claro distinguir a partir de la asertividad de ciertas negaciones: no blanco, no negro, no indio, no amarillo, no piel roja. Estas categorías extremas se han sido modulando por los crecientes efectos de la mezcla y la hibridez.

2.2 **La comunicación verbal**

Reflexionar sobre el hecho que se da al enfrentarse a una lengua diferente, en un primer grado de la incomunicación. O también pensar en el caso de una lengua similar que cubre un espectro lingüístico más o menos alejado de la lengua propia. Por ejemplo, en el crisol de las formas del español en los países de América Latina, donde aparecen variaciones en el léxico, la elocución, el acento, el tono, el ritmo. Resolver una disyuntiva para privilegiar las simpatías sobre las diferencias.

En esta cuestión puramente verbal se da un posible bilingüismo en la voluntad del migrante en el país de acogida, que va de un ‘mito’ a una realidad factible y más o menos alcanzable.

2.3 **Los matices de la gestualidad**

Considerar, además de la comunicación verbal, la otra, la gestual, aquella dada por las reacciones, los movimientos corporales, principalmente del rostro y de las manos que expresan las emociones, los estados de ánimo causados por las impresiones de los sentidos, las experiencias, las ideas o los recuerdos; por los diferentes sentimientos como la alegría, la tristeza, el miedo, la cólera, el amor.

2.4 El comportamiento, los modos y modales en la interacción

Consideremos algunos elementos de la antropología cultural y en particular los procedentes de la teoría de la interculturalidad. Tomemos el caso de la interacción en el espacio considerado por la 'proxémica' definida por Hall, del ingl. *proxemic*, y este de *proximity* «proximidad» y de *emic* «relativo al punto de vista del nativo». Es decir, el estudio del uso que las personas hacen del espacio en sus relaciones con los demás, para deducir precisamente los comportamientos.

O considerar también el comportamiento conforme al marco de las cuatro dimensiones canónicas de Hofstede: las sociedades individualistas o colectivas; sus distancias jerárquicas; la posibilidad de control de la incertidumbre; o las sociedades masculinas o femeninas.

3 Las interacciones: vicisitudes de los que se van

3.1 Lo inevitable

El efecto de salir de un país hacia otro implica necesariamente:

1. El alejamiento y/o ruptura con respecto al país de origen.
2. La eventual adecuación e integración o no con respecto al país de acogida.
3. Un choque cultural, ya sea mayor o menor, pero siempre inevitable, con el país y la cultura de acogida.
4. Y, con el paso del tiempo, la ruptura con el país de origen o el caso de excepción de la conciliación de los dos países; lo que implica también la posibilidad de regreso o no al país de origen.

3.2 Los casos extremos

Si en realidad múltiples pueden ser las razones para la salida de un país, podemos evocar los dos casos particularmente frecuentes, graves y dolorosos:

1. El exilio político, que de una forma práctica puede resumirse con la frase amenazadora: «o te largas o te mueres».
2. Y el segundo, el de la migración económica, resumible con otra frase brutal: «aquí ya no hay: vete». Esta corresponde en realidad a una especie masiva de exilio económico, en el que la persona se separa de su tierra, en una forma de expatriación material.

3.3 Las formas de rechazo

Toda forma de rechazo conlleva la sombra en mayor o menor medida presente (y nunca ausente) de un racismo que puede motivar la discriminación, la persecución, la eliminación en el espacio de acogida. Si el racismo es más obvio en lo étnico, no deja de aparecer en lo económico y en lo cultural. Este se da muy bien a través de un desprecio multiforme. Paradójicamente, aparece también de manera recíproca: el despreciado que se convierte en despreciador.

3.4 Por favor, que no se note

Ese extranjero en un país y/o en una cultura que se integra, que tiene la intención y/o tentación de tratar de pasar inadvertido, de que se limen o, mejor aún, de que desaparezcan las diferencias. Esa tentación de la copia, de la imitación, que se aproxima al borde de la caricatura. Todo con tal de que uno no se note, que a uno no se le note. Ese comportamiento que es percibido de manera clara por la segunda generación de migrantes en los padres...

3.5 De unos y de otros

Esas vicisitudes del que sale. Esa desconfianza frente a aquellos obcecados nacionalistas que le avientan a la cara: «pero, ¿por qué te vas? Pero si aquí lo hay todo». O aquellos otros que le recuerdan sus obligaciones. Pues sí, porque todo migrante tiene que mandar algo, tiene que aportarle a su familia, a su país, algo y, sobre todo, dinero. Ese migrante que, ya que tuvo la suerte de salir, pues ahora que mande la plata. Ni modo, que se aguante el maltrato, la humillación, la explotación, pero que mande para su familia e inclusive aún, a una escala mayor, como aparece en las formas veladas de algunos discursos: que mande al país, que haga patria, que nos restituyan el dinero que es nuestro. Ese ingreso de divisas de los inmigrantes que compita y que supere al de otras riquezas nacionales.

3.6 De ajustes, premios y obsequios

Recordemos esas múltiples variantes de la generosidad de algunos regímenes. Valoremos esas refinadas formas de reconocimiento en el extranjero: las canonjías y los puestos diplomáticos como premios a la amistad-complicidad política o como formas de desalojar tensiones nacionales, de nivelar en el tablero los balances internos y externos.

Fin de etapa: de compromisos culturales y preguntas en el aire

En vista de la categorización anterior, que configura posibles perfiles del exiliado, replanteo algunas preguntas:

- ¿De qué manera se dan los exilios en la interacción cultural?
- ¿Qué significa ser mediador o *passeur*?
- ¿Dónde y cómo situar al universitario investigador o humanista?
- ¿Dónde y cómo situar al escritor o al artista?

Estas cuestiones serán temas y motivos resonantes en las líneas de la siguiente parte, tanto en su forma de expresión como en la evocación de algunas voces empíricas.

B. Voces textuales

A continuación expongo algunos ejercicios narrativos para expresar posibles variantes ficcionales del 'exilio' y de la calidad del 'exiliado'. Salvo en el caso de la primera, su lugar de recepción es París. Por supuesto que no pretenden ninguna exhaustividad: se trata de simples reescrituras (que quizá no dejen de suscitar algún enigma) de voces en las que resuenan las nociones de exilio, estancia y pertenencia anteriormente evocadas.

Si parten, posiblemente, de alguna figura autoral más o menos reconocible, esto constituye solo un punto de arranque de la libertad que me permito. Libertad que también privilegia cuestiones formales y genéricas: variaciones identitarias (nacionalidad, origen, estatus cultural); efectos de interlocución: narradores, puntos de vista y narratario ausente; coincidencias y encuentros de *autores* 'reales' o 'imaginarios'; eliminación de fronteras de géneros literarios.

1¹

Hace más de medio siglo, en la antigua sede del Colegio, él presidió el jurado de la defensa doctoral que concluyó de manera muy satisfactoria. Como es costumbre el doctorando y el público salieron del aula.

Los tres miembros del jurado iniciamos la deliberación y coincidimos en la calidad de la tesis y de la defensa. Él, a raíz de la interlocución de dicha defensa, planteó la cuestión del ser de la historia como un arte. Arte más que ciencia, afirmaba, y arte en sí misma. Sobre todo arte como producción literaria, como la de los grandes historiadores clásicos.

¹ Esas líneas reescriben libremente algún fragmento del emotivo y lúcido texto de Miguel León-Portilla (1989).

Nos trajeron el libro de actas de examen. Con su usual cortesía nos preguntó nuestra propuesta de calificación. Los tres coincidimos en la aprobación con mención honorífica. Así, él sacó su pluma y firmó el acta. Apenas un instante después, la pluma le resbaló de la mano y cayó al suelo. Vi que se desmayaba y alcancé a sostenerlo en mis brazos. Momentos después su corazón dejó de latir.

En el aula mayor, después de presidir el examen de un discípulo suyo y de considerar el ser de la historia, falleció. Su muerte, sorpresiva y fulminante, fue la más bella a la que un maestro universitario puede aspirar.

En oposición a la norma del Diccionario, él había tenido la lucidez de concebir para sí mismo otro sentido del término ‘transterrado’.

De dos orillas distintas, el de allá se volvió de aquí. En esta tierra, su tierra, murió.

2

Recuerdo con afecto y respeto a mi abuelo que desempeñó con mucha responsabilidad su misión en el servicio doméstico de la sede diplomática. He tratado de heredar su buen gusto y su *savoir faire* en las minuciosas labores de nuestro oficio.

Fue él quien me dio noticias de *Monsieur*, a quien por desgracia nunca tuve el honor de conocer en persona, pero de quien supe que llegó muy joven a lo que en aquel entonces era la *Légation* de su país en nuestra capital.

Mi antepasado me habló con admiración de ese personaje que permaneció apenas unos cuantos meses en el ámbito del Servicio diplomático. Lo recordaba con un *air* de profunda y orgullosa melancolía. Se enteró de que su padre –que había ocupado cargos de relevancia en el gobierno, tanto en los años *fin de siècle* como en el nuevo siglo, y que se perfilaba como un sucesor al más alto nivel del poder– acababa de fallecer de manera trágica y heroica en un alzamiento en la capital de su país. En *Monsieur*, que apenas había sobrepasado los veinte años, se distinguía con claridad su alta prosapia.

Mi abuelo me habló de su adecuado conocimiento de todo lo concerniente a nuestra lengua y a nuestra cultura. Efectivamente, había recibido en el Liceo francés de la capital de su país la base cartesiana que nos honra. Por otra parte, los empleados de la *Légation* reconocieron y apreciaron su formación clásica humanística y su dedicación al arte de la pluma que ya había ofrecido sus primeros frutos.

Algunos meses después, *Monsieur* se vio obligado a emigrar a las tierras allende los Pirineos en donde permanecería alrededor de diez años realizando labores de investigación en los clásicos de su tradición hispánica. Ahora bien, su gusto por nuestra cultura se dio en el estudio de autores como el eximio vate Mallarmé y de su amistad

con Valéry Larbaud, quien apreciaría y difundiría su obra literaria. Para su beneplácito, la situación en su país le permitió volver a sus raíces en un tiempo más generoso.

Según se filtró en los más discretos servicios de la Embajada, *Monsieur* recibió alguna misión de orden relevante y confidencial del más alto nivel. Así, su situación laboral mejoró de manera ostensible. Efectivamente, fue nombrado ministro y volvió a París, en donde presentó sus credenciales como embajador. En esta ocasión su rango diplomático fue ampliamente reconocido por las autoridades francesas y por los medios periodísticos que difundieron noticias y entrevistas con él.

Comenzó una época en la que *Monsieur* estableció un estrecho contacto con artistas plásticos y escritores de gran renombre. Fue el caso de su amistad con Robert y Sonia Delaunay, Jean Giraudoux, Paul Morand, Jules Romains, Jean Cocteau, y el distinguido poeta y diplomático Saint-John Perse. Inolvidable también su relación con la legendaria y encantadora Kiki de Montparnasse. Muy relevante resultó el festejo de la Independencia de su país con un gran banquete al que asistieron notables personalidades de la cultura y en el que el compositor más destacado de su país interpretó en el piano sus obras.

Monsieur dictó conferencias acerca del proceso político de su país reconociendo los hechos históricos más graves y destacados. Su presencia con el rector de la universidad, recién llegado a Francia, en nuestra Sorbonne, fue ampliamente apreciada.

Otra figura que se relacionó con *Monsieur* fue la de nuestro exilio Novelista. Mi abuelo se enteró de que el diplomático casualmente ocupó el departamento de uno de los últimos pisos del 44 de la rue Hamelin, en el que el autor de la saga de ese tiempo extraviado y recuperado, había pasado los últimos años de su existencia intencionalmente creativa.

Después de haber resistido algunos meses de incertidumbre en cuanto a su destino diplomático, *Monsieur* entregó sus cartas de retiro al dirigente de nuestra *Troisième République*. Se le ofrecieron notorios banquetes de despedida que reunieron a los círculos más destacados de nuestros países. Paul Valéry le hizo llegar un ejemplar dedicado de *La Jeune Parque* que mi abuelo tuvo el honor de transmitirle en mano propia.

Monsieur abandonaría Francia días después desde el puerto de Saint-Nazaire hacia su lejano y legendario continente donde desembarcó algunas semanas más tarde. El destino nunca permitió que *Monsieur* volviera a pisar la tierra gala.

En mi caso propio, yo sí tuve la ocasión de conocer en persona a otra destacada figura de la Embajada, a *Monsieur le poète*, que llegó a París acompañado de su esposa. Pude apreciar que fueron años de gran importancia para él en su contacto con algunos conocidos escritores de las altisonantes *avant-gardes* de principios de siglo.

Una tarde en que *Monsieur le poète* me concedió el honor de compartir alguna botella de Remy Martin me reveló las tribulaciones de la comunicación con lo que él llamó lo *extranjero*. Se refirió en particular a alguna estancia en el norte de América, donde percibió en plenitud el sentido de la distancia espacial y de las sensibilidades nacionales del carácter en la comunicación. Las burlas sufridas en aquella ocasión se volverían a dar más tarde, paradójicamente, al volver a su propio país.

Me habló también de su primer viaje a París, cuando iba de paso hacia un célebre Congreso en Madrid que tuvo lugar antes de lo que sería la Segunda Guerra Mundial. En aquel breve pasaje por París, me insistió con vehemencia, experimentó una revelación pues conoció por primera vez a algunas de las más grandes figuras mundiales del arte y la literatura.

En esos años, *Monsieur le poète* tenía la costumbre de aislarse durante horas en su pequeño despacho de la Embajada para escribir. Supe que gracias a la generosa ayuda de *Monsieur* consiguió la publicación de algunos libros escritos en esos años. Su estancia en el servicio diplomático que había conseguido prolongar por algunos años se vio interrumpida de manera sorpresiva. Me despedí de él de manera respetuosa y con agradecimiento. Aunque ya no lo volví a ver, me enteré de que volvería a la Embajada algunos años después cuando yo ya me había jubilado y, al parecer, participó de manera activa en las relaciones culturales de su país con Francia. Una tarde en la vitrina de alguna librería del Quartier Latin me complació ver su nombre acompañado del de otros tres poetas en la carátula de un volumen.

3

Nací en esta Europa, pero las cosas se complicaron y pasamos de un país a otro hasta que un barco en la costa nos permitió volver al país de mis padres, a mi país.

Llegamos a la casa tranquila de las cercanías de la capital donde encontramos a los tíos y las tías. Yo era todavía muy pibe cuando de pronto mi viejo un día, así nomás, ya nunca volvió. Los mayores no decían nada y yo no preguntaba. Me acuerdo que no me gustaba tanto salir y prefería quedarme en casa. Descubrí y devoré los libros ilustrados de aventuras de Verne y también me puse a escribir muchas páginas en los cuadernos de la escuela, páginas que todas desaparecieron.

De mayor, fui a la capital a estudiar para maestro. Un par de años después salió el trabajo en las universidades lejanas y perdidas donde el consuelo fue que pude enseñar literatura, y además, la que tanto me gustaba, la francesa.

La situación en el país se complicó con el ascenso del líder que muchos aplaudían y a quien también muchos temían. Yo preferí renunciar a la enseñanza y volver a la capital para comenzar otro camino. Pude obtener a marchas forzadas el diploma. Aunque me acuerdo con claridad cómo en esa época empezaron los síntomas de angustia y los nervios que con dificultad contenía. Descubrí, *hélas*, que al escribir desaparecían. Fue una revelación. Escribía mucho, pero nunca me iba bien en las editoriales. Y todo se fue juntando para que por fin me decidiera a salir de la patria hacia el sueño de este París. Primero un viaje de sondeo, luego una beca decisiva por fin, pero que no duró mucho tiempo. Y como tantos, cuando la plata se acabó, acumulé los trabajos para sobrevivir.

Ella aceptó venir y nos casamos. Decidimos quedarnos a vivir el sueño y la esperanza de este aquí, aunque, bueno, por momentos, tuvimos que irnos a trabajar a otros lugares para por fin poder volver. Nos tardamos, pero conseguimos la chamba en el Organismo. Empezó una nueva vida doble con el trabajo a medio tiempo para comer, el alimenticio, para poder obtener el tiempo para el otro, el verdadero, el de escribir. Un libro tras otro libro se fueron abriendo camino con la confianza del editor-amigo. Hasta ese libro que traía adentro, que me daba vueltas en la cabeza desde hacía tantos años, que se daba en hojas y en cuadernos, que tanto me tardé en escribir, porque sentía que debía meterlo todo... Tenía temor al ver crecer el tabique y temía aún más que no, que mi editor amigo no se arriesgara... Pero lo publicó y pegó.

Las cosas cambiaron, me sentí más libre, me sentí otro y se dieron las rupturas. Otra compañera, otros ideales y esperanzas, otros compromisos. Otros libros en los que a pesar de todo conseguí mantener mis líneas y una distancia. Mi vida se desdobló en tribunas y reuniones. Y sentí un vacío, y la necesidad de otra ruptura y, sobre todo, cuando apareció la luz, la juventud y la complicidad de ella. Me sentí renacer, y lo conseguí, pero por muy poco tiempo, porque todo, de la manera más radical posible, se acabó. Al final me volví francés, sin tener que renunciar a mi pasaporte. Y cuando quise volver después de tantos años nefastos a la tierra de mi juventud, me dio gusto encontrar algunas complicidades, pero también allí, el súbito muro, para por fin, mejor la otra vuelta, la de este París, donde cuando ya todo se complicó, la piba de siempre me acompañó en los últimos días hasta alcanzar este lugarcito, de buenas compañías, de esta tierra de cómplice serenidad.

4

Mire usted, no acabo de entender bien cómo fue que vine a dar a esta tan renombrada Ciudad Luz. A mí lo que me gustaba era, como a ese Güero, como dicen ustedes, lo de la actuación y el cine, aunque digámoslo claramente, que él de plano daba mucho más la medida de galán que yo. En nuestra época, para nuestros gustos, la cosa era ir a Italia con lo de los realismos, las bicicletas y tanta comedia. Y para mí, a diferencia del Güero, sobre todo, estaba la Gina, la Sofía, la Claudia y la Virna, discretamente, porque a la mera hora siempre me ha gustado ser calladito y pues uno nunca sabe y vaya a ser que por andar de hablador con alguien que luego se le suelte la lengua y, la de malas, le fuera a llegar a la mujer más bella del mundo, con la que quedé en que me esperaba a que volviera. El caso es que llegue aquí con la seguridad de la plata del periódico y con la condición de enviar las crónicas semanales. El Güero se las arregló bien gracias a uno de sus amigos que le consiguió lo de lector de la editorial, que él juntó con lo de ayudante de todo en la ópera y con lo de las notas críticas en la revista. Eso le salió muy bien pues por allí empezó a colar uno que otro texto traducido de su ficción. En cambio a mí, la cosa se me cayó con lo del golpe: el periódico cerró y me quedé en la calle. De inmediato decidí que no me podía ir acabado de llegar y vendí el billete de avión. Con esa plata me pude sostener un tiempito y luego empecé a hacer de todo, hasta de guitarrista en el grupo folklórico, donde traté de cantar y no me dejaron. En todas partes hay gente buena y aquí entre tanto franchute estirado, me encontré con la franco-española del hotel, que era más bien española y a la que le caí bastante bien. Así, por algunas noches de velador a la semana, me dejó quedarme en el cuchitril del último piso. Algunos compatriotas de mala leche empezaron con chismes, pero era pura mentira. De cualquier manera, lo más importante es que tenía tiempo y a pesar del clima me pude concentrar para escribir. Vivía en el espacio de esa pequeña habitación de tapices con flores, alfombras despintadas y camas estrechas, donde aprendí el aseo a la francesa en el lavabo. De estas habitaciones así no hay allá en mi costa asoleada... Lo que importa es que me acordé de las historias que les oí de niño a los abuelos, historias de violencia y de aparecidos. Decidí contar una de ellas, la del militar que en el ambiente de violencia e injusticia supo mantener su honradez y su dignidad. Escribía lentamente a mano y corregía todas las noches en los espacios que dejaba a mitad de la página, donde también ponía las anotaciones con lápiz. Al retomar el manuscrito el día siguiente hacía una cuidadosa revisión inicial para seguir el hilo de la historia. Al terminar la primera de las cinco partes, copié el manuscrito a máquina y lo guardé cuidadosamente en la carpeta adonde fueron llegando los capítulos siguientes. Ni la trama, ni los personajes, ni los espacios, ni las descripciones, ni el am-

biente tenían ninguna relación con París. Había vivido y escrito en una isla en medio de la ciudad, en una especie de burbuja que había impedido cualquier intromisión francesa, pero ahora me doy cuenta de que nunca podría haber escrito esta novela en un lugar distinto. Volví a mi continente, ya casado con la mujer más bella del mundo, después de navegar por varias ciudades y países. No pudimos regresar al país, por no ser yo persona grata y fuimos a dar a una ciudad hermana de América Latina. Allí pude escribir lo que tenía que ser. Muy diferente fue el caso del Güero que se halló muy bien en el ambiente parisino. Empezó a publicar artículos en buenos diarios y llegó el momento en que decidí cambiar de lengua, lo que yo nunca hubiera podido hacer. Él fue siempre muy trabajador y además se hizo de muy buenas relaciones. Tuvo amigos que lo apoyaron y le ayudaron en la corrección de sus manuscritos. Consiguió los premios literarios importantes y logró la estabilidad de pareja que buscaba. Me da gusto por él y por mí. Mal que bien esta ciudad nos permitió, de maneras muy diversas, conseguir lo que queríamos.

Una célula conclusiva

En las líneas anteriores, después del breve marco reflexivo, he propuesto algunos ejemplos narrativos que han abordado cuatro aspectos principales: dos temáticos y dos formales.

1. La atracción, el efecto París en figuras autoriales construidas.
2. Un abanico contrastado de sus respectivas formas de estancias-exilios.
3. El artificio de *reescribir* esas voces autoriales desde lo evocativo a lo testimonial.
4. La híbrida subjetividad de lo ficcional en lo ensayístico.

El tema del exilio en su aspecto político y económico se ha privilegiado en el estudio de las ciencias sociales. Hablar de estos exilios implica tocar un tema muy sensible, que merece ante todo discreción y respeto. Siempre vale la pena recordar la experiencia personal y las intensas líneas de Juan Gelman sobre su propio exilio en *Bajo la lluvia ajena*, en particular en aquel décimo poema, cuando reflexiona sobre el tema mismo.

Ahora bien, en la construcción de este *divertimento* ensayístico me he inspirado en autores de la vida real, pero me he concedido una libertad absoluta para modificar sus vidas y sus costumbres de escritura. Lo expuesto procede principalmente de experiencias y vivencias personales, de cuatro decenios de un nutritivo exilio en Francia, esencialmente en París, que ha intentado conjugar una vida académica y cultural dedicada a la pluralidad de la escritura con otra de una cotidianidad que también ha sido cultural.

Por supuesto que no agoto las posibilidades expuestas en las categorías de la primera parte. Así, la primera de las voces autoriales difiere voluntariamente de las tres siguientes. El espacio de recepción es el de México y me permite hablar de un universitario europeo y de la variante de la noción de 'transterrado', que aprecio particularmente. Las tres siguientes evocan variantes de exilio cultural y literario en los cruces del diplomático, becario, traductor, periodista.

He preferido abordar en las páginas anteriores casos en los que el exilio, obligado o personalmente decidido, permite o incluso provoca la realización cultural y literaria del transterrado.

Los autores, artistas, investigadores y los universitarios que colaboramos en este volumen somos ciertamente variantes del *passeur*, inclusive el que ha propuesto esta hibridez del ensayo y la ficción.

Bibliografía

Sobre los autores

- Bianciotti, H. (1995). *Le pas si lent de l'amour*. Paris: B. Grasset.
- Cortázar, J. (2010). *Cartas a los Jonquières*. Edición de A. Bernárdez y C. Álvarez Garriga. Madrid: Alfaguara.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Barcelona: Mondadori.
- Gelman, J. (2006). *Interrupciones 2*. Ed. corregida. Buenos Aires: Seix Barral.
- González Bermejo, E. (1978). *Conversaciones con Cortázar*. Barcelona: Edhasa.
- León-Portilla, M. (1989). «José Gaos, un gran español transterrado». *El País*, 27 de agosto. https://elpais.com/diario/1989/08/28/opinion/620258410_850215.html.
- Paz, O. (1993). *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2010). *Diario*, vol. I-VI. Ed. crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología e índice de A. Rangel Guerra. México: Fondo de Cultura Económica.

Sobre interculturalidad

- Hall, E.T. (1966). *The Hidden Dimension*. New York: Anchor Books.
- Hofstede, G. (1980). *Culture's Consequences: International Differences in Work-Related Values*. New York: Sage Publications.
- Hofstede, G. (1991). *Cultures and Organizations: Software of the Mind*. London: MacGraw Hill.

Obras de consulta

- Diccionario de la lengua española*, 23ª edición, actualización en línea de 2021. <https://dle.rae.es/>.
- Ocampo, A.M. et al. (2019). *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX*. México: UNAM. <https://www.iifilologicas.unam.mx/dem/>.

